

Los valores sociales de la educación ambiental

Federico Velázquez de Castro González

Doctor en Ciencias Químicas. Especialista en Ciencias Ambientales.



La llegada de la Revolución industrial dio lugar a uno de los cambios históricos más importantes en todos los órdenes de la vida. El ser humano, que había inventado máquinas (ruedas, poleas, palancas, tornos) desde tiempos remotos y utilizado la fuerza animal para ayudarse en sus tareas, encontró en la máquina de vapor uno de sus descubrimientos más decisivos, tanto por su versatilidad de aplicaciones como por su eficiencia: la producción, con ella, permitió el tránsito del taller artesanal a la fábrica moderna (y a mayor escala, del feudalismo al capitalismo).

El marco socio-cultural que acompañó toda esta etapa se ha conocido como modernidad. Simbolizados sus ideales en la Revolución Francesa, llegó a su apogeo en el siglo de las luces, fundamentándose en la *razón* y el *progreso* como herramientas que harían evolucionar definitivamente a la humanidad. Bajo la modernidad se fraguaron grandes apuestas de futuro y se alumbraron las ideologías más importantes que hoy conocemos.

Pero la razón y el progreso no resultaron ser los únicos caminos: Nietzsche, Freud y Marx fueron los primeros en ponerlo de mani-

fiesto, señalando los puntos débiles del sistema moderno. Tras la Revolución de Octubre de 1917, se desarrollaron dos sistemas económicos y políticos, aunque ninguno renunció al progreso ilimitado como forma de crecimiento. Más tarde, y superadas las secuelas de la II Guerra Mundial, advino la sociedad de consumo, caracterizada por la accesibilidad de los bienes que, en otro tiempo, eran patrimonio sólo de una minoría privilegiada; con ella se configuran los rasgos de la sociedad post-industrial (concentración del poder económico, auge del sector servicios, mercantilización del ocio...), cuyo substrato ideológico conocemos como postmodernidad.

Se ha definido el sistema post-moderno como la época del pensamiento débil.¹ Esfumados los grandes ideales y proyectos de futuro y embotados por una sociedad creadora de necesidades, la postmodernidad viene marcada por la falta de sentido histórico, es decir, por la forma más zafia de entender el viejo *carpe diem*, traducido ahora como «disfruta y gasta, y detrás de mí, el diluvio». La falta de ideales y valores ha llevado a la búsqueda de sucedáneos que, según el grado de adaptación social, irán, en palabras del profesor Quintás, desde el consumismo al vértigo.

Fromm² definió, desde una perspectiva histórica, las diferencias entre modo de ser y modo de tener, encontrando que hoy se ha claudicado del ser, que siempre exige esfuerzo y trabajo personal, a favor del tener; de ahí el éxito de la publicidad, al conjugar la satisfacción de las necesidades del sistema económico (en donde el capital debe estar continuamente valorizándose) con la desorientación del individuo, atraído por los valores imperantes de prestigio, poder o dinero. Si en algún momento causó escándalo que se adorase al becerro de oro, hoy se ve con na-

turalidad la postración ante el oro del becerro.

El círculo se cierra con la distracción como actividad permanente: se ha convertido al ciudadano en espectador, desde la política a los asuntos del corazón. Ni el sistema económico, ni la mayor parte de los partidos políticos permite una participación que vaya más allá del voto, y entre los personajes más conocidos y mejor considerados (al menos, si atendemos a su popularidad o a sus ingresos) no encontramos científicos, filósofos o profesores sino futbolistas, presentadores o modelos. La postmodernidad transcurre con placidez en los países del Norte mirando, desde nuestra privilegiada butaca, cómo se consume el futuro.

La escuela no ha ido de espaldas a la evolución social. Según la sociedad se ha ido desvertebrando, la escuela se ha ido funcionalizando y orientando, casi de forma exclusiva hacia la adquisición de conocimientos curriculares. El propósito intemporal de Séneca — *non scholæ, sed vitæ discimus*— no parece encontrar mucho sitio en nuestros programas científico-técnicos, enfocados hacia el éxito competitivo. Algunos resquicios se adivinan, sin embargo, con los temas transversales, materias de fuerte inspiración para la vida.

La presencia de los temas transversales en el currículo no es accidental. Tan urgente llegó a considerarse la educación en valores que el propio Ministerio de Educación hizo públicas varias declaraciones³ para el fomento de los mismos, bien sabido del papel central que representan en toda educación. La educación ambiental sería así una disciplina demandada por la sociedad, orientada hacia la vida y sustentada en valores; algunos de ellos tienen profundas implicaciones sociales, que la convierten en revulsivo de las sugerencias post-modernas, cuyo estilo de vida impacta tan seriamente en el medio

ambiente.

No vamos a describir aquí todos los valores que encierra la educación ambiental, pues esta tarea ya se ha realizado en varios lugares satisfactoriamente;⁴ mas sí pueden elegirse algunos de los socialmente más importantes y, entre ellos, la recuperación de la dimensión histórica de la persona ocupa, a nuestro juicio, el primer lugar.

Se ha definido al ser humano como sujeto histórico, siendo éste uno de sus rasgos más significativos. Nuestro perro o gato no es muy diferente del que nos acompañó hace diez mil años, pero el hombre de hoy es sustancialmente distinto del que vivió en el siglo pasado. El ser humano, con su trabajo, ha ido transformando la naturaleza y la sociedad, alcanzando mayores niveles de conocimiento y calidad de vida; y de igual manera que hoy contemplamos y disfrutamos del esfuerzo de las generaciones anteriores, también es nuestro deber contribuir a mejorar el patrimonio actual para las generaciones futuras.

Como se comentó más arriba, con la pérdida de ideales y de nuevos proyectos sociales se crearon las condiciones para que se hablara, primero, del fin de las ideologías y, más tarde, del final de la historia.⁵ Con un futuro incierto e imprevisible por delante, se favorecerían las actitudes despilfarradoras del presente de las que derivan muchos de los daños ambientales actuales. Cuando, frente a esto, la educación ambiental propone actitudes de conservación para el presente y propuestas de desarrollo sostenible para el futuro, está recuperando la dimensión histórica perdida puesto que, por una parte, se actúa aquí y ahora dentro de circunstancias sociales concretas y, por otra, se opta por una forma de entender el desarrollo en donde se garantice la disponibilidad de los recursos para las generaciones venideras.



Se trata, por tanto, de otra forma de entender la solidaridad (valor también intrínseco a la educación ambiental) puesto que orientar el comportamiento personal y colectivo hacia nuestra población actual y futura supone, más allá de la conservación de los recursos, una apuesta de fraternidad y voluntad de un mejor horizonte para todos.

En esta línea, para la educación ambiental la equidad es otro de los valores más importantes. Quedó atrás el tiempo en el que la salvaguarda de la naturaleza era el único y principal objetivo apartando, incluso, los espacios naturales más valiosos de los pueblos que tradicionalmente habían vivido y trabajado en su seno. Las modernas corrientes de educación ambiental, lideradas actualmente por la escuela danesa, han contribuido decididamente a que se entienda que la defensa y promoción del medio no puede hacerse de espaldas a las necesidades de la población.

Indira Gandhi declaró, en alguna ocasión, que el principal contaminante de nuestros días era la po-

breza (aunque habría que responderle que quien de verdad contamina es la riqueza), de manera que la mejor apuesta para la preservación del medio es el desarrollo de los pueblos, lo que pasa por la erradicación de la pobreza como principal objetivo. El comercio justo, la diversidad de soluciones, la descentralización y la adaptación a las realidades concretas, son términos cada vez más frecuentes en el lenguaje ambiental.

Citemos, asimismo, la participación. La educación ambiental y los proyectos ambientales deben realizarse con la gente y no a su margen. Plantear que la educación ambien-

tal sólo se imparta en las escuelas, sería secuestrarla, además de una opción miope: los responsables de la degradación ambiental no son, precisamente, los niños y, además, la escuela es reflejo de la sociedad; poco adelantariamos queriendo educar allí si no lo hacemos también aquí. Por tanto, la educación ambiental debe llegar a cualquier rincón donde se encuentre un ser humano: dicho de una forma más precisa, a los sindicatos —especialmente: las propuestas ambientales crean más puestos de trabajo (y útiles) que los que destruye—, las asociaciones de vecinos, centros culturales, escuelas de padres..., en definitiva, allá donde se diseñe un programa de formación.

Por otra parte, las actividades ambientales deben contar con la presencia de todos los implicados. Un programa de recogida selectiva, una repoblación, la elección de una energía renovable para un edificio o de un medio de transporte menos contaminante, requieren de la participación activa de los ciudadanos. La educación ambiental debe, por ello, fomentar la par-

ticipación desde sus cimientos promoviendo el trabajo en equipo, los debates, las puestas en común, las encuestas, la comunicación. Frente a una sociedad desvertebrada y con democracia formal, la educación ambiental profundiza promoviendo la toma de decisiones en asuntos de interés colectivo. El pueblo habla y, además, practica lo que habla. La educación ambiental no sólo busca formar buenos ciudadanos con actitudes ambientales adecuadas sino personas competentes y con capacidad de tomar iniciativas que reviertan positivamente en los proyectos colectivos. La democracia puede hacerse más directa y representativa.

Con todo ello, hemos querido presentar algunos nuevos rasgos de la educación ambiental, bien sabido que los problemas de los hombres con su medio tienen su origen en los problemas de los hombres entre sí, por lo que será éste el ámbito en el que tendremos que actuar. Pero, además, la educación ambiental incorpora valores que podríamos considerar transformadores por cuanto plantean un nuevo modelo social basado en unas relaciones más igualitarias y en la eliminación del despilfarro de las sociedades más desarrolladas. Es muy probable que la educación ambiental, de forma más callada y permanente, esté tomando el relevo de las grandes ideologías en los presupuestos de cambio social.

Notas

1. Lipovetsky, G. *La era del vacío*. Anagrama. Barcelona 1986.
2. Fromm, E. *Tener o Ser*. F.C.E., México, 1978.
3. M.E.C. *77 medidas para mejorar la calidad de enseñanza (19-1-1994)*; *Desarrollo de la educación en valores (7-IX-1994)*.
4. Martín Molero, F. *Educación ambiental*. Síntesis. Madrid, 1996.
5. Fukuyama, F. «El fin de la historia y el último hombre». *The New York Times*, 1979.